

varios presentes, entre los que figuraron algunos arrogantes caballos. El imprudente Murat por su parte, juzgando muy conveniente entablar relaciones dondequiera que pudiesen vacar coronas, había puesto mucho empeño en proporcionarse en la Península un amigo

dont elle m'honore, et ma correspondance durera autant que mon existence.

»J'avais le plus grand regret à garder avec V. A. I. un secret auquel je m'ai vu forcé par la parole de mon souverain, signée dans un traité avec S. M. I. et R. Ma reconnaissance à V. A. I. me l'aurait fait déceler si l'Empereur ne l'aurait pas exigé. Mais puisque je dois croire que V. A. I. en est informée maintenant; je ne puis que lui dévoiler mes sentiments. C'est à présent que je comence à jouir de la tranquillité que me présente un traité qui me met sous la protection de l'Empereur. Rien ne me saurait être nécessaire du vivant de mon roi, puisque Sa Majesté m'honore de la plus singulière estime; mais si malheureusement elle venait à décéder, ce serait alors que mes ennemis tâcheraient de flétrir mes services et de détruire ma réputation. Je n'ai au monde d'autre ami que dans V. A. I., et quoique je sois persuadé que son pouvoir m'aurait suavé de l'affliction, je considérerais toutefois que mes efforts n'auraient été assez puissants pour éviter le premier coup de l'infamie. Que V. A. I. voie donc si ce qui a été convenu dans le traité me doit être d'un prix inestimable! C'est pour ça que j'ose prendre la liberté d'exprimer à S. M. I. et R. ma reconnaissance dans la lettre ci-jointe. Je me serais empressé de m'acquitter auparavant de ce respectable devoir, si l'expression du traité lui même ne s'y aurait pas opposé.

»J'attends avec la plus grande impatience les explications que V. A. I. veut bien m'offrir aussitôt après son arrivée à Paris, et puisque S. M. I. et R. a démontré qu'elle verrait avec plaisir que le roi, mon maître, distingue avec la Toison-d'or le maréchal Duroc, j'ai l'honneur de l'accompagner à cette lettre, et en même temps V. A. I. en trouvera une autre ci-jointe pour que l'Empereur veuille bien la donner au roi de Westphalie, en démonstration de l'alliance qui existe de fait entre S. M. C. et tous les souverains de la maison de S. M. I. et R.

»Le procès contre les criminels séducteurs du prince des Asturies est poursuivi d'après les dispositions de nos lois, parce que le roi a bien voulu se démettre de son autorité souveraine par laquelle elle pouvait les juzgar por soi-même, et laissant aux juzges la libertad de consultar á S. M. leur sentence. Ils ont tous encouru la peine d'être depouillés de leurs dignités, et les deux les plus inculpés ont mérité la peine capitale; mais la reine á disposé la voluntad du roi á la clémence, et le dernier supplice sera commuté dans une prison perpétuelle, et pour les autres ils seront deportés hors du royaume. On a eu le soin de ne faire la moindre mention d'aucun des sujets de S. M. I. et R. par égard á ce qu'elle a fait signifier.

»Il m'est fort sensible de ne pouvoir écrire á V. M. I. dans sa langue, mais je ne veux pas me priver de la satisfaction de lui adresser ma lettre originelle avec cette traduction littérale. Il n'est pas possible de transcrire le langage du cœur, mais dans le mien se trouvent empreintes la reconnaissance et l'admiration avec lesquelles aura toujours pour V. A. I. la plus haute considération.

»Son invariable serviteur,

»MANUEL.

»A San Lorenzo, ce 26 décembre 1807.» (N. del A.)

Mr. Thiers reproduce esta carta con todas las faltas de lenguaje que contiene, para dar una idea del género de educación que recibían los personajes en España. La prueba que ha elegido no podía ser más inadecuada. En primer lugar, si es prueba de mala educación el no saber escribir con toda propiedad los idiomas extraños, pocos personajes habrá peor educados que los franceses, que por lo general no saben hablar y escribir más lengua que la suya propia. Quisiéramos saber qué tal escribe el ex ministro Mr. Thiers la lengua española. En segundo lugar, las faltas de lenguaje que ese documento contiene no pueden atribuirse al príncipe de la Paz; serán en buen hora de su secretario, de la persona encargada de la traducción. Por último, aunque el príncipe de la Paz fuese de noble alcurnia, nadie le tuvo jamás en España por hombre de instrucción esmerada; mucho menos por modelo de cultura intelectual entre los personajes de la corte. (N. del T.)

tan poderoso como el príncipe de la Paz. No dejaba de entrar por algo en este cálculo la corona de Portugal, que parecía deber vacar en breve.

Las intrigas del príncipe de la Paz para alterar el orden de sucesión al trono, por muy secretas que fuesen no podían menos de transpirar en Madrid, y agregadas á una acumulación de títulos sin ejemplo en la historia del favoritismo, habían servido de despertador á todos los ánimos. El príncipe de Asturias, exasperado y alarmado á un mismo tiempo, se había franqueado acerca de su situación con varios amigos en quienes tenía una confianza absoluta. Eran los principales su antiguo ayo el duque de San Carlos, mayordomo mayor de la real casa, personaje honrado, cuyo único mérito era el ser un completo cortesano; el duque del Infantado, uno de los principales magnates de España, militar extraño á su estado, ambicioso, de escaso talento, de rectas intenciones y muy considerado entre el público; y últimamente un eclesiástico que había enseñado al príncipe lo poco que sabía, que era el canónigo Escoiquiz, retirado á la sazón en Toledo, donde formaba parte de aquel cabildo arzobispal. Era éste un clérigo de los que se llaman despreocupados, asaz instruido en bellas letras y muy poco en la política, que amaba tiernamente á su discípulo, el cual le correspondía con igual cariño, que se condolía de la situación á que le veía reducido, que deseaba sacarle de ella por todos los medios, y que, aunque bien intencionado, era no obstante sensible á la perspectiva que se le ofrecía brindándole con los títulos de amigo y director de la conciencia del rey de España. En el trato de estos personajes y de algunas señoras de la servidumbre de la difunta princesa de Asturias desahogaba Fernando la amargura que reboaba su corazón. El canónigo Escoiquiz se hallaba ausente, y trájosele secretamente á Madrid, porque pasaba en el concepto de Fernando y de su camarilla por el hombre más á propósito para dar un buen consejo.

Aparte de ser más aventajado en letras que los otros, de entender á Virgilio y á Cicerón y de estar versado en los autores franceses, grado de instrucción poco común en la corte de España, se creía que podría mejor que ninguno dirigir al oprimido príncipe en aquel laberinto de horrosas intrigas. Convínose entonces en que, atendido el grave peligro que le amenazaba, no tenía el príncipe más recurso que echarse á los pies de Napoleón, implorar su protección, y para asegurársela de una manera más completa, pedirle la mano de una princesa de la familia de Bonaparte. Veía el canónigo en este enlace dos ventajas; la de granjearse un protector omnipotente; la segunda, conseguir el objeto á que Napoleón debía dirigirse, esto es, á ligar la suerte de la España con la de su dinastía de una manera íntima y duradera. Adoptóse este consejo, si bien no era enteramente de la aprobación de Fernando; porque en efecto, el joven príncipe cobijaba en su corazón las pasiones menos generosas de su nación, y principalmente un rencor indomable á toda nación extraña, sobre todo á la revolución francesa y á su ilustre caudillo. Estas pasiones, naturales en él, habían sido fomentadas por la princesa de Nápoles su esposa; sin embargo, lleno de confianza en las luces del canónigo Escoiquiz, adoptó su consejo y resolvió arreglarse á él. El canónigo había viajado, había estado en Francia, y tenía con respecto

á ella y á Napoleón los sentimientos propios de un español ilustrado; así, pues, este personaje inclinaba cuanto le era dable á favor de la Francia y de Napoleón el ánimo de Fernando.

Pero al paso que el príncipe de la Paz tenía medios para establecer relaciones de toda especie con la corte de Francia, el príncipe de Asturias, que vivía por lo común obscurecido en el Escorial, sometido á una vigilancia continua, no tenía por el contrario medio ninguno de elevar hasta Napoleón sus pensamientos y sus deseos. En esta situación idearon él y los suyos dirigirse al embajador de Francia Mr. Beauharnais.

Mr. de Beauharnais, hermano del primer marido de la emperatriz Josefina, había substituído en 1806 al general Beurnonville en la embajada de Madrid. Era hombre de talento adocenado, y como diplomático tardado y poco lucido, poco apto para las astucias propias de su estado y menos aún para la ostentación que este estado requiere en cierto modo, aunque sin embargo no carecía de algún criterio y de una rectitud á toda prueba. Agregaba á todo esto un gesto de propia satisfacción asaz ridículo, excitado por la idea que tenía de su posición, puesto que al cabo tenía, como hemos dicho, la honra de ser cuñado de su soberano.

Su gravedad, su probidad y su poco acierto se confrontaban mal con la falsedad y la ligereza del favorito, por lo que su aprecio hacia éste era igual al desventajoso concepto que tenía de él. Dirigía á Napoleón informes calcados sobre su verdadera opinión, y era considerado en Madrid como enemigo del almirante. Esta circunstancia era favorable á los confidentes de Fernando. El canónigo Escoiquiz se encargó de entablar relaciones con Mr. de Beauharnais, y se hizo presentar á él con el pretexto de ofrecerle un poema que había compuesto sobre la conquista de Méjico. Fué poco á poco el canónigo entrando en más íntimas comunicaciones, se explicó abiertamente con el embajador de Francia, y le declaró la situación en que estaba el príncipe, los peligros que corría, sus deseos y los votos que hacía por obtener una esposa de mano de Napoleón, no queriendo á ningún precio la que Manuel Godoy le tenía destinada (1).

(1) El conde de Toreno y varios otros historiadores franceses y españoles han supuesto que Mr. de Beauharnais había recibido de París ó se había voluntariamente impuesto el encargo de entrar en relaciones con el príncipe de Asturias, bien para inspirarle el pensamiento de tomar por esposa una princesa francesa, ó bien para sembrar la cizaña en la familia real de España y aprovechar el modo de suscitar las turbulencias de que luego se sacó partido. Sin embargo, este es un error, cuya prueba está en la correspondencia oficial y secreta de Mr. de Beauharnais. Cuenta éste, en dicha correspondencia duplicada, de qué modo acudieron á él los agentes del príncipe de Asturias, y de su narración sincera y verídica, pues era incapaz de faltar á la verdad, se desprende de una manera evidente que la iniciativa de aquellas relaciones la tomó el príncipe de Asturias y no la legación francesa. Vamos á reproducir, en comprobación, dos documentos que aclaran por completo este punto. Es el primero un despacho de Mr. de Champagny, en que contestando este ministro á una carta llena de reticencias de Mr. de Beauharnais, le encarga con bastante dureza que se explique con más claridad. Este primer despacho demuestra de un modo positivo que no fué Napoleón quien pensó entrometerse en los asuntos interiores de la familia real de España, sino que por el contrario fué invitado á hacerlo. El segundo es la carta misma del príncipe Fernando á Beauharnais, por cuyo conducto hace este príncipe su demanda matrimonial á Napoleón. Se ha publi-

TOMO VII

Mr. de Beauharnais era demasiado novicio en la profesión que ejercía, para no espantarse de una posición tan delicada, puesto que se trataba nada menos que de aceptar una correspondencia clandestina con el heredero de la corona. Temía ser juguete de la intriga y

cado esta demanda, pero no la carta en que se hizo. La misma lectura de este segundo documento probará que ni Mr. de Beauharnais ni su gobierno buscaron el modo de entablar relaciones con el príncipe de Asturias. Fácil es reconocer por el tono de esta carta que era el príncipe el que buscaba á aquéllos, y no al contrario.

He aquí el despacho de Mr. de Champagny á Mr. de Beauharnais:

Paris, 9 de septiembre de 1807.

«Señor embajador: He recibido vuestra carta confidencial y me apresuro á contestaros sin consentir que entre vos y yo medie persona alguna. Cuantos medios juzguéis conveniente usar para darme á conocer, así los hombres con quienes estéis en el caso de tratar, como el estado de los negocios que se os han confiado, me parecerán excelentes mientras con ellos me proporcionéis más luces, y de un modo más seguro. Nada tenéis que temer por el uso que pueda hacer yo de vuestras cartas. El conocimiento que de ellas haya de tomarse en secretaría, si ha lugar, tampoco ofrece exposición, porque todos en ella son dignos de confianza; están acostumbrados hace muchos años á ser los guardadores de los intereses más capitales del gobierno y los depositarios de sus más importantes secretos. Por otra parte, uno de los primeros deberes de todo ministro en cualquier corte extranjera es manifestar á su gobierno sin la menor reticencia y reserva cuanto ve, cuanto oye, cuanto llega á su noticia. Destinado para ver y para oír, y provisto de todos los medios necesarios para saber las cosas, nada de lo que descubre le pertenece; todo es propiedad de aquel á quien sirve de mandatario. Vos sabéis como nadie esta obligación, y sin duda alguna para cumplirla en toda su extensión es para lo que deseáis multiplicar los medios de comunicación conmigo; no me opondré ciertamente á ello.

»Vuestra carta confidencial contiene cosas de grande importancia; de tanta, que casi es de sentir no las refiráis con más pormenores, y sobre todo que no manifestéis el modo como han llegado á vuestra noticia. Esta observación ha hecho el emperador al tener yo el honor de participárselo. ¿Cuáles han sido vuestras relaciones con el príncipe joven de quien habláis? ¿Qué razones positivas tenéis para formar de él un juicio determinado? Decís que solicita de rodillas la protección del emperador: ¿cómo lo habéis sabido? ¿Os lo ha dicho él mismo? ¿O por qué medio os lo ha hecho saber? Estas preguntas os hace el emperador, y él es el que ha dicho, según os dejo arriba manifestado, que un ministro no debe tener secretos para su gobierno.

»CHAMPAGNY.»

La carta del príncipe Fernando á Mr. de Beauharnais decía lo siguiente:

«Permitidme, señor embajador, que os manifieste todo mi reconocimiento por las pruebas de estimación y de afecto que me habéis dado en la correspondencia secreta é indirecta que hasta ahora hemos seguido por medio de la persona que sabéis posee toda mi confianza. Debo por fin á vuestras bondades la dicha, que jamás olvidaré, de poder manifestar al gran emperador vuestro amo, directamente y sin recelo, los sentimientos por tanto tiempo comprimidos en mi corazón. Aprovecho, pues, este feliz momento para dirigir por vuestra mano á S. M. I. y R. la adjunta carta, aunque, temeroso de que le fuese importuna por excesivamente larga, no he querido explicar en ella sino á medias mi estimación y mi respetuoso afecto hacia su augusta persona, por lo que os ruego, señor embajador, supláis mi brevedad en las que tengáis el honor de dirigirme.

»Me haréis también el favor de añadir á S. M. I. y R. que le ruego encarecidamente me disimule las faltas de estilo y de fórmula que encuentre en mi carta, no sólo por mi calidad de extranjero, sino también por consideración al desasosiego y á la incomunicación con que he tenido que escribirla, estando, como sabéis que estoy, rodeado hasta en mi mismo cuarto de espías que me observan, y precisado á aprovechar los escasos instantes en que puedo



comprometerse con la corte de España, por lo cual se negó al principio á dar crédito al canónigo Escoiquiz, y acogió sus insinuaciones con una frialdad capaz de desalentar á cualquiera menos resuelto á explicarse y

substraerme á su maligna vigilancia. Como me lisonjeo de alcanzar en este negocio la protección de S. M. I. y R., y como por lo tanto las comunicaciones habrán de ser forzosamente más frecuentes, encargo á la referida persona que hasta ahora ha desempeñado esta comisión que tome sus medidas de acuerdo con vos para llevarla á cabo con toda seguridad; y como hasta ahora la única garantía para ella han sido las señales concertadas, seguro enteramente de su lealtad, de su discreción y prudencia, le doy por la presente carta mis plenos y absolutos poderes para tratar este negocio hasta su término, y ratifico cuanto diga ó haga sobre este punto en nombre mío, como si yo mismo lo hubiese dicho ó hecho; lo que tendréis la bondad de participar á S. M. I. con la más sincera manifestación de mi agradecimiento.

»Tendréis asimismo la bondad de decirle que, si por casualidad juzgase S. M. I. útil en cualquier tiempo que mandase yo á su corte con todo sigilo alguna persona de confianza para darle acerca de mi situación noticias más extensas que las que pueden darse por escrito, ó para cualquier otro objeto que su sabiduría creyese necesario, no tiene S. M. I. más que enviároslo á decir, y será al punto obedecido, como en todo cuanto de mí dependa.

»Os reitero, señor embajador, las seguridades de mi estimación y gratitud; os ruego que conservéis esta carta como un testimonio de la perpetuidad de estos sentimientos, y á Dios que os tenga en su santa guarda.

»Escrita y firmada de mi propio puño, y sellada con mi sello.

»FERNANDO.

»Escorial, 11 de octubre de 1807.»

(N. del A.)

Ha citado Mr. Thiers estas dos cartas como una prueba incontrastable de que la excitación hecha á Napoleón para entrometerse en los negocios de la familia de nuestros reyes provino del partido del príncipe de Asturias. Todo depende de la prevención con que se lean estos documentos; nosotros hemos procurado leerlos repetidas veces desapasionadamente y desterrando toda opinión previa, y no hallamos en ellos ni sombra de lo que ha descubierto Mr. Thiers. El despacho de Mr. de Champagny á Mr. de Beauharnais lo único que de sí arroja es que el emperador no estaba de todo punto satisfecho de su embajador, porque no le daba pormenores bastante prolivos sobre lo que iba adelantando en la misión secreta que se le había confiado. Y cuadra perfectamente esta interpretación con las frases en que se hace mención del encargo dado á Mr. de Beauharnais, recordando la natural torpeza de éste y el carácter impaciente de su amo. No diremos precisamente que sugiriese Napoleón la idea del enlace de Fernando con una princesa francesa; esta idea pudo muy bien ser concebida en el corazón de Beauharnais, y acogida por Escoiquiz, que era á la sazón idólatra de todo lo francés. La misión de Beauharnais versaría sobre el propósito útilísimo á Napoleón de sembrar la cizaña entre los personajes de la familia real de España. Pero hay un párrafo en la carta de Fernando á Beauharnais que prueba hasta la evidencia el carácter pasivo del príncipe de Asturias en los primeros pasos de la referida intriga, y que la excitación procedió de un acuerdo entre el francés y Escoiquiz, y es el siguiente: *Como hasta ahora la única garantía para ella (esto es, para la persona que sirve de intermedio, ó lo que es lo mismo para Escoiquiz) han sido las señales concertadas, seguro enteramente de su lealtad, de su discreción y prudencia, le doy por la presente mis plenos y absolutos poderes para tratar este negocio.* ¿Quién no reconoce en estos renglones un plan ya concertado entre la persona á quien se dirige la carta y el intrigante canónigo que dominaba á Fernando? La prueba más concluyente es, que en esta carta se pinta al príncipe de Asturias como víctima de la más inquisitorial vigilancia, para obligar más á Napoleón á intervenir en su favor; y cualquiera reconocerá que semejante esclavitud fué una fábula con sólo reflexionar que si Fernando no hubiera disfrutado de más libertad aún de la que permitía en aquellos tiempos la etiqueta de la casa real de España, mal hubiera podido seguir con Escoiquiz por tantos años la correspondencia secreta de que éste se jacta en su *Idea sencilla*, y menos aún sorprender á la reina madre con la traducción é impresión de un tomo de las *Revoluciones romanas* de Ver-

hacerse escuchar (1). Pero el canónigo imaginó un medio singular para que se le creyese, cual fué establecer entre el príncipe y Mr. de Beauharnais una correspondencia de señales para siempre que el francés fuese á presentar sus homenajes á la corte. Estas señales, concertadas de antemano, no podían menos de excluir toda duda acerca de la secreta misión que el canónigo decía haber recibido de Fernando. En efecto, Mr. de Beauharnais observó atentamente al príncipe la primera vez que fué al Escorial (2), echó de ver las señales convenidas, notó por otra parte ser objeto de la solicitud más asidua, y no le fué ya posible dudar de la veracidad del canónigo. Tranquilizado sobre este punto, manifestó que le escucharía si le autorizaba su corte para entablar las propuestas relaciones. Escribió á París un despacho misterioso, diciendo que un hijo inocente, cruelmente tratado por sus padres, imploraba el apoyo de Napoleón y suplicaba ser su más reconocido y devoto protegido. Impacientado Napoleón por tan ridículo misterio, mandó escribir á Mr. de Beauharnais que fuese más explícito é inteligible: obedeció el embajador, y refirió todo lo que había ocurrido, consignando su relación minuciosa en una correspondencia secreta que descubriría á un mismo tiempo su sinceridad y su pocotino, y que no se archivó, como no debía archivar, en el ministerio de Negocios extranjeros. Se le contestó que escuchase cuanto se le dijera, que sólo prometiese mostrar un interés solícito hacia las desgracias del príncipe, y que, por lo respectivo á la demanda matrimonial, declarase que la insinuación era demasiado vaga para que se tomase en consideración y siguiese á ella el consentimiento ó la negativa.

Estas relaciones, comenzadas en el mes de julio de 1807, continuaron en agosto y septiembre, con el mismo miedo de comprometerse de parte del embajador francés y el mismo deseo de una buena acogida de parte de Fernando. Decidióse por fin este príncipe á mandar por conducto de Escoiquiz dos cartas, una para Mr. de Beauharnais y otra para el mismo Napoleón, en las cuales, deplorando sus infortunios y los peligros de que se veía amenazado, pedía formalmente la protección de la Francia y la mano de una princesa de la familia de Bonaparte. Estas cartas, fechadas el 11 de octubre, no fueron enviadas hasta el 20 por falta de conducto seguro, y sólo llegaron á París el 27 ó el 28, con otras noticias no menos importantes, cuyo contenido vamos á referir.

Al mismo tiempo que se dirigía á Napoleón, en la duda de si la protección de la Francia sería bastante pronta ó bastante declarada para libertarle, había querido Fernando tomar sus precauciones en el mismo Madrid. De concierto con sus consejeros íntimos, concí-

tot, hechas con el mayor secreto. Por último, el principio de la carta de Fernando á Beauharnais indica muy claramente que el embajador francés no procedía obligado, sino por el contrario muy oficioso, en su tirada correspondencia con el príncipe español. Si hubiera experimentado el embarazo y violencia que el autor supone, antes de pasar tres meses en estas secretas inteligencias con Fernando se hubiera apresurado á comunicar aquella inesperada novedad á su corte. (N. del T.)

(1) Véase el fin de la nota anterior. (N. del T.)

(2) A la Granja debiera decir, si, como asegura más adelante el historiador, empezaron en julio las relaciones secretas de que va hablando. (N. del T.)

bió el pensamiento de hacer una tentativa para abrir los ojos á su obeccado padre, para denunciarle los crímenes del príncipe de la Paz, la complicidad de la reina, sus relaciones adulterinas con el valido, ó por lo menos su abyecta sumisión á todos los caprichos de este tirano de la familia real; para suplicarle por último que pusiese término á los escándalos, á los males que desolaban la España y á los peligros que amenazaban á un hijo desgraciado. Fernando tenía que poner en manos del rey un papel que contuviese estas revelaciones, rogándole que se le devolviese después de haberlo leído, para que no corriese riesgo su vida por cualquier indiscreción. El borrador estaba escrito del propio puño del canónigo Escoiquiz. Aparte de esto, los autores del proyecto habían ideado también, para el caso de que llegara á morir el rey repentinamente, consignar en el duque del Infantado poderes anticipadamente firmados por Fernando para que ejerciese el mando supremo militar en Madrid y en toda Castilla la Nueva, con objeto de resistir en caso necesario á viva fuerza las tentativas del príncipe de la Paz. Tales eran los medios concertados por aquel conciliábulo para contrarrestar cualquier plan de usurpación, verdadero ó supuesto, y seguramente estos medios no revelaban ni mucha travesura ni mucha audacia. Pero mientras el príncipe y sus confidentes traían estas intrigas entre manos, había á su alrededor espías que observaban sus idas y venidas aparentemente inmotivadas. Habían visto al mismo Fernando escribir con más frecuencia que de costumbre, y le habían oído proferir lleno de exasperación contra su madre y el favorito las expresiones más acerbas. La entrada de las tropas francesas en España, que daba ocasión á infinitas conjeturas, había sido imprudentemente comentada por el príncipe y sus parciales. Éstos, considerándose ya guarecidos con la protección de la Francia, y jactándose de ello sin rebozo, á pesar de haber imputado mucho tiempo á Godoy como un crimen el desealarla y pagarla con una obediencia ciega, insinuaban con cierta satisfacción, y aun á veces lo decían en voz alta, que los ejércitos franceses no habían atravesado en vano los Pirineos, y que no tardaría en conocerlo el despreciable gobierno que tenía oprimida á la España; lo que desgraciadamente era más cierto de lo que ellos creían y de lo que esperaron muy en breve.

Entre las personas encargadas de observar á Fernando, había una (supónese que era una dama de la corte) que, ya porque se le hubiesen confiado los secretos del príncipe, ya por haber registrado indiscretamente sus papeles, se lo dijo todo á la reina. Al saber ésta aquellos pormenores se abandonó á un violento acceso de cólera. El príncipe de la Paz no se hallaba á la sazón en el Escorial, distante de Madrid como unas doce leguas (1), pues acostumbraba á pasar una semana en aquel sitio y otra en Madrid. Decíase que estaba enfermo de resultas de su vida desarreglada (2). Se le mandó á buscar sigilosamente, y salió de su palacio por una puerta secreta para que en aquellas circunstancias se ignorase su presencia en el Escorial y se desterrase toda

(1) Entiéndanse leguas francesas. (N. del A.)

(2) Que la vida estragada del príncipe de la Paz fuese la causa de la enfermedad que á la sazón padecía, es una invención piadosa de Mr. Thiers.

idea de que pudiera ser él el instigador de las escenas que se preparaban. La reina, más encolerizada aún que él, trató de persuadir al rey de que por los indicios denunciados se tramaba nada menos que una vasta conjuración contra su trono y su vida; se empeñó en que era menester tomar medidas inmediatas, no temer un escándalo que era ya necesario, ocupar de improviso el cuarto del príncipe y apoderarse de sus papeles antes que tuviese tiempo de inutilizarlos. El débil Carlos IV, incapaz de descubrir el mal paso en que se metía con semejante consejo, consintió á todo lo que se le pedía, y aquella misma noche del 27 de octubre, día en que se había firmado el tratado de Fontainebleau, permitió que se allanase la morada de su hijo y que se le quitasen todos sus papeles. El joven príncipe que, á excepción de cierta astucia, no tenía talento ni valor, todo consternado, entregó sin resistencia cuanto tenía. Los papeles de que acabamos de hablar, mezclados con otros más insignificantes, fueron llevados á la reina, que quiso examinarlos por sí misma. Inútil es decir los arrebatos de furia que experimentó esta princesa al leer el escrito en que se denunciaban todas las torpezas del favorito y en que igualmente se dejaban traslucir las suyas. Por muy débil y suspeditado que apareciese el desgraciado Carlos IV, este documento hubiese sido poco á propósito para convencerle de que su hijo había meditado un crimen, y tal vez quitándole la venda de los ojos hubiera llegado á producir el efecto que el canónigo Escoiquiz y Fernando se habían propuesto; pero desgraciadamente había entre aquellos papeles otros, como una cifra destinada á una correspondencia misteriosa y la orden nombrando al duque del Infantado capitán general de Castilla la Nueva, con la fecha en blanco para llenarla cuanto antes el rey, con los cuales tenía la reina lo bastante para forjar todas las suposiciones imaginables á fin de engañar al desgraciado Carlos IV y engañarse á sí misma. No contenta con leer los papeles, dijo, y aún creyó quizás, que aquéllas eran las pruebas de una conspiración encaminada á destruirlos á ella y á su esposo, y hasta á amagar contra su vida; que aquella cifra no podía tener ningún otro objeto más que ponerse de acuerdo con los conspiradores; que el nombramiento de un comandante militar, hecho por Fernando que aún no era rey, no podía tener ningún otro objeto que consumir una criminal usurpación. Esta imperfecta demostración, presentada al pobre Carlos IV sin más prueba que muchos extremos de cólera y muchos gritos, le llenó de confusión. Derramó lágrimas de dolor sobre un hijo á quien todavía amaba y á quien con la mayor aficción veía tan culpable; y después dió gracias al cielo por haber salvado de tan gran peligro de vida su trono, á su esposa y á su querido Manuel. La reina, á quien la exaltación natural de su sexo hacía tomar en todo esto una iniciativa asaz cómoda para el favorito, declaró que era forzoso un castigo pronto, enérgico, que vengase la majestad del trono ultrajada y sirviese al Estado de garantía contra semejantes tentativas. Resolvióse, pues, poner inmediatamente en arresto al príncipe y á sus cómplices, que se convocase en seguida á los ministros y á los principales personajes del Estado, que se les participase lo que se acababa de descubrir y la resolución suprema de sujetar á los culpados á un proceso criminal. Abominable



era é insensata semejante resolución, porque una vez dado el escándalo no había más remedio que perseguir al príncipe sin descanso, hacerle pasar por convicto aunque resultase inocente, despojarle de todos sus derechos al trono y dar de este modo á aquel trono suspendido en el borde de un precipicio una sacudida que podía precipitarle, y que en efecto le precipitó en el abismo. Pero cabalmente era lo que quería aquella reina furiosa: perseguir al príncipe, hacerle condenar por jueces sobornados y despojarle de la corona, aunque hubiese que arrostrar toda clase de peligros.

Cumplióse todo su deseo. Godoy fué enviado á Madrid para que se creyese que no había salido de allí, y que era totalmente extraño á las escenas trágicas del Escorial. El rey pasó á ver á Fernando, le mandó entregar su espada, y le constituyó arrestado en su propio cuarto. Despacháronse inmediatamente correos en todas direcciones, mandando prender á los supuestos cómplices del príncipe. Fueron convocados los ministros y los consejeros, y con la consternación pintada en el semblante, oyeron la relación de todo lo que se acababa de decidir, á lo cual prestaron una aprobación silenciosa, no por celo, sino por abatimiento.

Después de dado este escándalo ya no era posible ocultar á la nación española los tristes acontecimientos de que el Escorial acababa de ser teatro. No porque un país esté tiranizado y prohibida en él toda publicidad dejan las noticias importantes de propagarse por todos sus ámbitos de la manera más rápida y completa. Vuelan de boca en boca difundidas por una curiosidad ansiosa y abultadas por una credulidad no escarmentada. Todo Madrid sabía ya los sucesos del Escorial, y todas las ciudades de España iban inmediatamente á saberlos. Sin embargo, dar publicidad oficial al supuesto aborto de conspiración, era denunciar á la nación la persona del príncipe y hacer irreparables los infortunios del trono. Pero no deseaban otra cosa la reina y el favorito: exigieron, pues, que se le diese publicidad, y en un país como aquel, en que sólo se hacían públicos los grandes acontecimientos como el nacimiento ó la defunción de un rey, una declaración de guerra, la celebración de una paz, una victoria señalada ó una gran derrota, se comunicó á todas las autoridades del reino el siguiente real decreto (1):

«Dios, que vela sobre todos sus hijos, no permite la consumación de los hechos atroces dirigidos contra víctimas inocentes. Su omnipotencia me ha salvado de la catástrofe más horrible. Mis pueblos, mis vasallos y todo el mundo conocen mi religión y mi conducta. Todos me quieren y dan muestra de aquella veneración que dictan el respeto para con su padre y el amor de los hijos. Yo vivía tranquilo en medio de mi familia con la confianza de gozar esta felicidad, cuando una mano desconocida me avisa y descubre el plan más enorme y más inesperado que se tramaba en mi propio palacio contra mi persona. Mi vida, que tantas veces ha estado en peligro, era una carga para mi sucesor, que preocupado y ciego, y abjurando todos los principios de religión que el amor y la solicitud paternal procuraron imbuirle, había adoptado un plan para destronarme. Yo

(1) Tomamos su versión de las *Memorias* de Llorente. (N. del A.)

he querido saber la verdad del hecho. Habiéndole sorprendido en su habitación le he puesto á su vista las cifras de inteligencia y papeles que recibía de los malévolos. Llamé yo mismo al gobernador del Consejo. Le mandé asistir con los otros ministros para que se tomasen informaciones con la mayor exactitud. Todo se ha hecho. Resulta la existencia de varios reos, cuya prisión está ya decretada. La de mi hijo es en su propio cuarto. Esta pena ha venido ahora á aumentar las que ya me affigian. Pero así como ella es la más sensible, así también es la que más importa juzgar. En su consecuencia, mando que se publique su resultado. No quiero ocultar á mis vasallos la verdad de un pesar que se disminuirá cuando esté acompañado de todas las pruebas adquiridas con fidelidad. Os comunico mis intenciones para que hagáis circular la noticia en la forma conveniente.

»San Lorenzo, 30 de octubre de 1807.

»YO EL REY

»Al gobernador interino del Consejo.»

En una corte como aquella, en que nada se hacía sin consultarlo en París, en que tanto el hijo oprimido como el padre involuntariamente oprimido y el favorito perseguidor de ambos buscaban en Napoleón un apoyo para su desgracia, su ineptitud ó su crimen, no era posible entregarse á tan deplorables extravagancias sin darle de ellas parte. En su consecuencia, la víspera misma del acto oficial que acabamos de trasladar se le dictó al malhadado Carlos IV una carta para Napoleón, impregnada de un sentimiento ridículo y ajena de toda dignidad, en que se decía vendido por su hijo, amagado en su persona y en su autoridad, y en que le participaba nada menos que su voluntad de alterar el orden de sucesión al trono (2).

Según dejamos dicho, Napoleón no recibió hasta el día 28 de octubre la carta del 11, en que Fernando le pedía su protección juntamente con una esposa de su agrado. Después en los días 5, 6 y 7 de noviembre re-

(2) El contexto de esta carta es el siguiente:

*Carta del rey Carlos IV al emperador Napoleón.*

«Señor mi hermano: En el momento en que no me ocupaba sino de los medios de cooperar á la destrucción de nuestro enemigo común; cuando creía que todos los complots de la ex reina de Nápoles habían sido sepultados con la muerte de su hija, veo con un horror tal que me hace estremecer, que el espíritu de la intriga más horrible ha penetrado hasta el seno de mi familia. ¡Ah! Mi corazón sufre de nuevo haciendo relación de un atentado tan horroroso. Mi hijo mayor, el heredero presuntivo de mi trono, había formado la horrible conspiración de destronarme, y se había precipitado hasta el exceso de atentar contra la vida de su madre. Un crimen tan horrendo debe ser castigado con todo el rigor de las leyes. La que le llamaba á la sucesión debe ser revocada. Uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazón y en el trono. Mi ocupación del momento es averiguar los cómplices para descubrir este plan de la más negra iniquidad, y no perderé un solo instante para instruir de él á V. M. I. y R., rogándole me auxilie con sus luces y consejos.

«Ruego á Dios, mi buen hermano, que se digne conservar á V. M. I. y R. en su santa guarda. — San Lorenzo, 29 de octubre de 1807.

»CARLOS.» (N. del A.)

No habiendo podido proporcionarnos el texto castellano de esta carta, dado que haya existido, hemos producido la traducción del *Monitor* francés, publicada, aunque plagada de faltas de lenguaje, en las citadas *Memorias* de Llorente. (N. del T.)

cibió sucesivamente las de su embajador y Carlos IV, participándole el ruidoso acontecimiento que sin escrúpulo se había provocado en el Escorial. Véase por consiguiente medio precisado á entrometerse en los asuntos de España, aun cuando hubiese sido mal de su grado y mucho antes de lo que él hubiera deseado. Hacía algún tiempo, como hemos referido, que juzgaba peligroso el permitir que continuasen los Borbones en un trono tan elevado y tan cercano á la vez, é indispensable el renunciar á sacar de la España el menor servicio útil mientras persistiese en manos de una raza degenerada. No sabía de qué pretexto valerse para castigar á aquellos miserables esclavos, que prosternándose á sus pies le detestaban, conspiraban contra él y luego negaban con baja su traiciones y las tramas que dejaban medio urdidas. Tampoco se le ocultaba que al destronar á la dinastía española corría el peligro de ofender á una nación vehemente y altiva, deseosa de reformas, incapaz de verificarlas por sí misma y dispuesta sin embargo á rebelarse contra cualquiera mano extraña que intentase dárselas acabadas. Iba, pues, dando largas á este asunto, porque ni tenía prisa ni estaba enteramente decidido sobre el partido que tomaría, según lo atestiguaba el mismo tratado de Fontainebleau, en el que todo era un puro aplazamiento. Pero aquel hijo que se dirigía á él pidiéndole su protección y una esposa, aquel padre que le denunciaba como criminal su mismo hijo, le brindaban, en cierto modo contra su voluntad, con una ocasión excelente para mezclarse sin demora en los asuntos de España, y lleno aún de dudas y temores, deseando y repugnando á un mismo tiempo lo que iba á emprender y emprendiéndolo no obstante como dominado por un impulso fatal, dictó órdenes precipitadas, evidentes indicios de una voluntad vivamente provocada (1).

Hasta entonces los movimientos de tropas que había prescrito no habían tenido más objeto que el Portugal (2); pero desde aquel momento todos los preparativos tomaron una extensión y una celeridad que excluían toda duda acerca de su verdadero objeto. Había formado el ejército del general Junot, destinado á la invasión de Portugal, con los tres campamentos de Saint-Lo, Pontivy y Napoleón; el ejército de reserva del general Dupont (conocido con el nombre de segundo cuerpo del Girona), con los primeros, segundos y terceros batallones de las cinco legiones de reserva y algunos batallones suizos.

Estos dos ejércitos, el uno ya dentro de España y el otro en marcha hacia Bayona, presentaban una fuerza efectiva de cincuenta mil hombres con corta diferencia. Escasa fuerza era si ocurrían en la Península acontecimientos graves, porque sólo el segundo de estos ejérci-

(1) Véase la nota que dejamos estampada al pie de las dos cartas de Mr. de Champigny y de Fernando á Mr. de Beaunharnais, citadas por Mr. Thiers para persuadir al lector de que Napoleón se había visto brindado y como forzado á intervenir en los asuntos de España. (N. del T.)

(2) La lectura reiterada de la correspondencia más reservada de Napoleón, me convence de que hasta que supo los sucesos del Escorial, sólo le habían preocupado las cosas de Portugal, y que desde entonces ya no pensó más que en lo de España. Las fechas de sus órdenes, cotejadas con las de las noticias de Madrid, no dejan la menor duda sobre la correspondencia de unas con otras, y prueban que aquéllas fueron todas consecuencia de estas últimas. (N. del A.)

tos podía emplearse en España. Napoleón aceleró su marcha hacia Bayona, mandó al general Dupont que se pusiese inmediatamente á su cabeza y resolvió formar un tercer ejército, que tomase el nombre del pretexto especioso de vigilar las costas del Océano, privadas de tropas consagradas á su custodia. Llamó á este tercer ejército *cuerpo de observación de las costas del Océano*; quiso que tuviese de fuerza unos treinta y cuatro mil hombres, y nombró para su mando al general Moncey, que había hecho ya la guerra en España. Para formarlo sacó gente de los depósitos de los regimientos del grande ejército, estacionados en el Rhin, desde Basilea á Wesel. Estos depósitos, en los cuales habían ingresado varias conscripciones y que ya no tenían que mandar refuerzos al grande ejército, abundaban en reclutas cuya instrucción, comenzada solamente por la generalidad, había ya casi terminado para algunos. Creía Napoleón aquellos bisoños muy suficientes para un cuerpo de observación en Francia ó en España, y mandó por lo tanto sacar de los cuarenta y ocho depósitos estacionados en el Rhin cuarenta y ocho batallones provisionales, compuestos de cuatro compañías de ciento cincuenta hombres cada una, de donde resultaban seiscientos hombres para cada batallón y entre todos veintiocho mil hombres de infantería. Mandó reunir cuatro de estos batallones para formar un regimiento, dos regimientos para formar una brigada, dos brigadas para formar una división y distribuir el cuerpo entero en tres divisiones, bajo los generales Musnier, Gobert y Morlot. Los puntos en que habían de organizarse eran Metz, Sedán y Nancy. Estas tropas debían organizarse como cuerpos provisionales, continuando cada batallón en la dependencia del regimiento de que fuese destacado. Mandó Napoleón agregar á cada división una batería de artillería de á pie, y formar en Bensanzón y en La Fere otras tres baterías de artillería montada, con lo que debía ascender toda la artillería del cuerpo á treinta y seis bocas de fuego. El general Moutón recibió órdenes para trasladarse á Metz, Nancy y Sedán, á vigilar el cumplimiento de estas disposiciones. Las cuatro brigadas de caballería, formadas también provisionalmente y reunidas en Compiègne, Chartres, Orleans y Tours, fueron distribuidas entre los dos cuerpos de los generales Moncey y Dupont. Los coraceros y cazadores se destinaron al de este último, y al de Moncey los dragones y húsares. Bastando, pues, el cuerpo de Junot para la ocupación de Portugal, quedaban para hacer frente á los sucesos de España el del general Dupont, titulado *segundo del Girona*, y el del mariscal Moncey, llamado *cuerpo de observación de las costas del Océano*, que juntaban entre ambos unos sesenta mil hombres. Por último, como las noticias de Madrid se agravaban de día en día, mandó Napoleón, como lo había hecho ya en otra ocasión, que desde Metz, Nancy y Sedán hasta Burdeos se estableciesen relevos de carros para transportar sus tropas en posta. Para animarlos á soportar las fatigas y ocultar al mismo tiempo su designio, mandó decir á los soldados que iban á apoyar á sus compañeros de Portugal amenazados por el desembarco de un ejército inglés.

Hizo Napoleón que coincidiese con el movimiento de sus reclutas hacia España un movimiento retrógrado de sus veteranos hacia el Rhin. Evacuáronse todos los países de la parte de allá del Vístula. El mariscal Da-